

JEFFREY J. KRIPAL

EL VUELCO

EPIFANÍAS DE LA MENTE
Y EL FUTURO DEL CONOCIMIENTO



ATALANTA







MEMORIA MUNDI

ATALANTA

149



JEFFREY J. KRIPAL

EL VUELCO

**EPIFANÍAS DE LA MENTE
Y EL FUTURO DEL CONOCIMIENTO**

**TRADUCCIÓN
PABLO HERMIDA LAZCANO**



ATALANTA

2022

En cubierta: movimientos gimnásticos,
Étienne-Jules Marey, 1883, cronofotografía
En guardas: salto, Étienne-Jules Marey,
1882, cronofotografía

Dirección y diseño: Jacobo Siruela

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,
www.cedro.org) si necesita fotocopiar
o escanear algún fragmento
de esta obra.

Todos los derechos reservados

Título original: *The Flip: Epiphanies
of Mind and the Future of Knowledge*

© 2019 by Jeffrey J. Kripal

© De la traducción: Pablo Hermida Lazcano

© EDICIONES ATALANTA, S. L.

Mas Pou. Vilaür 17483. Girona. España

Teléfono: 972 79 58 05 Fax: 972 79 58 34

atalantaweb.com

ISBN: 978-84-124315-2-0

Depósito Legal: GI 180-2022

Índice

Prólogo
El cosmos humano
13

Capítulo 1
Visiones de lo imposible
23

Capítulo 2
Científicos que han experimentado un vuelco
en su perspectiva
63

Capítulo 3
Consciencia y cosmos
103

Capítulo 4
Símbolos *in medias res*
155

Capítulo 5
El futuro (político) del conocimiento
193

Epílogo
Lo humano cósmico
229

Agradecimientos

233

Notas

237

Índice onomástico

261

Una era puede considerarse acabada cuando sus ilusiones básicas se han agotado.

ARTHUR MILLER

El vuelco

Prólogo

El cosmos humano

El hidrógeno es un gas ligero e inodoro que, con el tiempo suficiente, se convierte en personas.

ANÓNIMO

Este breve libro trata de muchas cosas. Es un informe sobre el estado del conocimiento en lo que atañe a la naturaleza de la mente y a su relación con la materia, incluida la materia del cerebro. Es una observación afectuosa e irónica acerca de la cantidad de literatura visionaria que los profesionales de la ciencia y de la medicina han contribuido a producir a lo largo del siglo pasado (pensemos en la literatura sobre las implicaciones filosóficas de la mecánica cuántica, sobre las experiencias cercanas a la muerte, sobre el síndrome del sabio y sobre las moléculas psicodélicas). Es asimismo una queja pública y deliberadamente polémica por el peligroso menosprecio que sufren las humanidades en la cultura contemporánea, académica y de cualquier otra índole. En definitiva, este libro es ante todo un ensayo inapropiadamente esperanzado e incluso extremadamente optimista sobre un punto de inflexión, sobre el futuro –ya sea cercano o remoto– de una nueva cosmovisión o de una *nueva realidad* que se está forjando en torno a la epifanía de la mente, entendida como dimensión o como sustrato

irreductible del mundo natural o del cosmos en su totalidad, y que por tanto precede y trasciende cualquier relato científico, étnico, político o religioso en el que uno se encuentre (atrapado) en este momento.

Y digo «*epifanía* de la mente» a propósito. Entre otras estrategias retóricas, pretendo destacar y comentar unos cuantos ejemplos de un conjunto de historias, vasto y disperso pero de una coherencia extraordinaria, acerca de experiencias extremas y transformadoras que intelectuales, científicos y profesionales de la medicina llevan siglos relatando, pero sobre las que sólo en las últimas décadas se está escribiendo con visibilidad y efectividad crecientes.

Como estas historias nos demuestran con vehemencia, el más simple de los «cambios», un vuelco de la perspectiva, por así decirlo, del «exterior» al «interior» de las cosas, del «objeto» al «sujeto», puede hacer que surja una realidad radicalmente nueva. Y esto puede suceder *sin renunciar ni un ápice a nuestros extraordinarios conocimientos científicos y médicos sobre el mundo material y el cuerpo humano*. El actual marco materialista de las ciencias quizá no sea incorrecto, pero sólo es correcto a medias. Sabemos que la mente es de naturaleza material. Lo que estas historias sugieren es que la materia también es de naturaleza mental y que este origen mental es la esencia del cosmos y no una propiedad tangencial, accidental o reciente de la materia. Algunos de los relatos van aún más lejos y sugieren que la materia podría ser la expresión de una especie de Mente cósmica que se expresa a sí misma como el mundo material mediante las estructuras abstractas de las matemáticas y de la física.

Además, estas historias ponen de manifiesto que el conocimiento abstracto en tercera persona, o la modelización filosófica de una mente de este tipo, rara vez resulta sufi-

ciente. Al menos hoy en día, un intelectual o un científico deben experimentar un profundo encuentro personal y directo con este cosmos mental para reconocer su existencia. Este momento de comprensión más allá de todo pensamiento lineal, más allá de todo lenguaje y de toda creencia, es lo que aquí denomino un «vuelco» de la perspectiva. Se trata de un acontecimiento de enorme envergadura. Un cambio de este tipo es con frecuencia súbito, espontáneo, o se ve catalizado por una situación traumática. Es asimismo hermoso y elegantemente simple.

Con la relativa brevedad de este libro pretendo señalar la simplicidad de dicha belleza. Soy plenamente consciente de que la mayoría de mis lectores jamás habrá experimentado un cambio de estas características. Por eso el libro se mueve principalmente en el nivel de la imaginación intelectual. No depende ni precisa de semejante experiencia directa. Sus páginas aspiran a suscitar este vuelco en el lector por medio de relatos y argumentos filosóficos, así como de la pura confianza humana (en las historias, por lo demás increíbles, que otros seres humanos nos cuentan aquí), conforme vayan desentrañando en qué consiste exactamente tal cambio, cómo podría afectarnos a nosotros y a nuestro mundo, por qué resulta tan convincente para quienes lo han vivido (y tan poco para los que no), cómo reintroduce el sentido de la realidad en nuestro mundo y, por último, cuáles podrían ser sus implicaciones morales, políticas y espirituales. Este libro es un intento de todo ello a lo largo de cinco capítulos que pueden leerse en un solo día. No quiero agotar al lector con mis palabras, lo que pretendo es cambiarlo.

Cada capítulo es un *essai* o ensayo en el sentido francés del término, esto es, una «prueba», un «intento» o un «experimento», y no tanto una proclamación de certezas o una

declaración de convicciones bien establecidas. No poseo ninguna de estas últimas. Lo que aquí expongo son experimentos mentales, quejas profesionales, batallas morales, pullas amistosas y reflexiones en profundidad.

Comienzo empleando un repertorio de experiencias extraordinarias pero comunes con el fin de reivindicar una recalibración de las humanidades y de las ciencias que apunte hacia alguna forma futura de conocimiento.¹ Sugiero que esta nueva coordinación llegará cuando surja una filosofía de la mente que conciba la consciencia (lo cual no quiere decir el ego, la personalidad ni el yo social) como previa y primordial, y por consiguiente irreductible a funciones cerebrales o a cualquier otra forma de mecanismo material, mientras la neurociencia contemporánea continúa con su aparatosamente fallido intento de explicar la consciencia mediante algún modelo materialista o mecanismo causal.

Esta irreductibilidad de la mente traerá consigo un nuevo ascenso de las humanidades, que a fin de cuentas siempre se han ocupado de relacionar e interpretar tanto las formas más banales como las más fantásticas en que la consciencia se refleja y se refracta a través de los códigos culturales de la civilización humana, esto es, a través de la historia, las prácticas sociales, el lenguaje, el arte, la religión, la literatura, las instituciones, el derecho, el pensamiento y, me atrevo a añadir, la ciencia.

Ahora bien, no me limito a llamar la atención sobre cualquier experiencia extraordinaria. Me centro en las que han vivido científicos, profesionales médicos, ingenieros, informáticos e intelectuales altamente cualificados, incluido algún premio Nobel, que vieron como su perspectiva materialista sufría un vuelco tras pasar por un acontecimiento abrumador que les reveló la naturaleza fundamental e irreductible de la mente. Con este enfoque profesional, pre-

tendo hacer tambalear en el lector la cómoda idea de que estas experiencias de todo punto inexplicables les ocurren únicamente a ingenuos o a quienes no conocen a fondo la ciencia. Hay que llamar a esta idea por su nombre y decir que es un completo y absoluto disparate. La hiperrealidad y las imperiosas implicaciones que estos hechos despiertan en quienes los han vivido no tienen nada que ver con el rechazo a la ciencia. Muy al contrario, con frecuencia suscitan nuevas nociones científicas e incluso nuevas tecnologías. Sean lo que sean (o lo que no sean) estos cambios, parecen actuar más como estímulo e inspiración que como obstáculo o tropiezo. Se diría que nos señalan el camino hacia una nueva realidad y hacia el futuro del conocimiento.

Pero eso no es todo. Aspiro a seguir afinando la discusión con mis intentos de interpretar estas epifanías mentales mediante la relación manifiesta entre la mente y la materia que estos tipos de experiencias implican o revelan. Pasaremos entonces de considerar *qué* supone este cambio en la vida de los intelectuales cualificados a plantearnos *cómo* podría funcionar, o, por decirlo de un modo más técnico, nos dispondremos a analizar las condiciones ontológicas (esto es, la naturaleza de lo real en sí) que permiten el cambio a la par que lo hacen plausible, y –esto es muy importante– que posibilitan tanto el descubrimiento matemático como el conocimiento científico.

En este punto hago la observación, discordante pero perfectamente precisa, de que la mente o la consciencia son el sujeto y el lugar de las prácticas y los conocimientos científicos en su totalidad; de que la ciencia depende en última instancia de la subjetividad y la consciencia humanas, y no es un simple registro fotográfico del mundo de las cosas y los objetos de «ahí fuera», como a menudo se supone. No obstante, si la ciencia es en sí una expresión de la

subjetividad humana, y si las mismas ciencias humanas han cosechado un éxito asombroso al escudriñar algunos de los secretos más insondables del universo, entonces el propio sujeto humano ha de guardar alguna íntima relación con este mismo universo. Los pasmosos éxitos científicos y la indiscutible capacidad de las matemáticas abstractas para modelizar y reflejar los confines y la historia cósmica de la materia constituyen, a mi juicio, las mejores pruebas de nuestra naturaleza secreta. *La ciencia humana funciona porque la naturaleza humana es cósmica.*

Este vuelco opera en parte por medio de las dramáticas y potentes formas en que el acontecimiento comunica su sentido al individuo, con frecuencia a través de imágenes barrocas o fantásticas (pensemos en la imaginería extrema del tránsito a «otro mundo» en una experiencia cercana a la muerte, o en la de uno de esos «viajes» psicodélicos que te cambian la vida). Convencionalmente, estas imágenes y estos relatos se han interpretado de modos por entero subjetivos o alucinatorios, como si carecieran de sentido, esto es, como si no guardaran ninguna verdadera conexión con el mundo real. Como explicaré más adelante, éste es un grave error que se puede evitar fácilmente en cuanto distinguimos entre formas convencionales y formas simbólicas de comunicación y representación.

Por último, exploraré algunas de las implicaciones morales, sociales y políticas de este vuelco. No el *qué* ni el *cómo*, sino el *hacia dónde* y el *para qué*. La única idea importante en este contexto es que, una vez que uno experimenta el cambio y comienza a comprender que la consciencia es fundamental, que es un elemento primordial de la física y de las matemáticas del universo, se hace evidente que todo ego religioso o identidad política, todo relato local, es históricamente relativo, se basa en esta materia mental más

profunda, o consciencia cósmica, y está construido a partir de ella. Tras el cambio, uno puede seguir afirmando y alimentando todas esas identidades relativas y locales como íntimas expresiones de la consciencia (y continuar actuando en función de su relato y su guión particulares si así lo decide), pero ya no cometerá el peligroso error de privilegiar el relato y el guión que ha heredado frente a todos los demás. Uno reconocerá que existen muchas historias, muchas maneras de representar una forma de la realidad, y que cada una de ellas hace bien algunas cosas (y otras no tanto).

Por consiguiente, es vital conocer la historia en la que uno vive (dependiendo de lo que desee hacer bien), pero ninguna historia, por muy «sagrada» o «científica» que sea, puede ser ni será jamás absoluta, ni podrá hablar en nombre de toda la experiencia y de todo el potencial humano, ni mucho menos de toda la vida terrestre o cósmica. Esto no es una maldición, sino una promesa, un don y una forma de protección. En la cultura y la consciencia humanas sucede lo mismo que en la evolución biológica: el pluralismo y la diversidad son bienes preciosos que permiten que la vida prospere, florezca y experimente como un artista en pleno acto creativo.

En resumidas cuentas, este vuelco relativiza y afirma todas y cada una de las culturas, comunidades y religiones, al tiempo que «cosmifica» y –me atrevo a decir– espiritualiza nuestra humanidad compartida. Es decir, abre una nueva perspectiva *cósmica comparativa* que nos reorienta hacia una visión inconmensurablemente más amplia de quiénes somos como especie cósmica y qué podríamos llegar a ser. De este modo, el futuro del conocimiento es nuestro propio futuro.

Huelga decir que reconozco lo lejos que estamos de todo esto. No soy un ingenuo. A lo largo de los años, mis escritos acerca de este humanismo cósmico me han valido un severo hostigamiento y han despertado furibundas reacciones, tanto por parte de censores religiosos con motivaciones políticas (a causa de mi insistencia en las dimensiones sexuales –es decir, materiales– de numerosas formas de éxtasis religioso) como, si bien en mucho menor medida, de críticos laicos (por mi insistencia en las dimensiones paranormales –en las que se manifiesta el poder de la mente sobre la materia– de la cultura y la historia estadounidenses). Sé que el modelo de mente que propugno, la en apariencia paradójica «tercera vía» que se abre con este cambio –al mismo tiempo profunda y críticamente comprensiva con todas las expresiones religiosas locales–, resulta muy difícil (de hecho imposible) de entender y de aceptar tanto para el fundamentalista religioso como para el materialista ideológico. Como iré mostrando, ambas mentalidades tienen mucho más en común de lo que cualquiera de sus partidarios estaría dispuesto a reconocer.

No obstante, sostengo que esta tercera vía «más allá de las creencias» y «más allá de la razón» es muy preferible a la creencia religiosa o al puro racionalismo mecanicista, ya que abre nuevos horizontes de investigación y de pensamiento sin clausurar prematuramente nuestra búsqueda de sentido, como precisamente hacen las creencias y el hiperracionalismo de distintas maneras.² Expresado de un modo un poco diferente, diría que tengo la convicción de que esta tercera vía representa el mejor camino que podemos emprender hacia el futuro, hacia nuevas formas de conocimiento y nuevas concepciones de lo humano, que hasta el momento sólo hemos imaginado en géneros como la literatura mística comparada y la ciencia ficción. No creo que estas futuras

formas de conocimiento vayan a ser «religiosas» en el sentido tradicional, como tampoco «científicas» en el sentido del materialismo clásico. Serán ambas cosas y ninguna de las dos. Serán otra cosa infinitamente distinta.

Así pues, el vuelco del que hablo nos brinda una nueva forma de interpretar y renovar las humanidades en profunda conversación con las ciencias. Nos permite contar una historia de la ciencia y de la medicina más rica y francamente más certera (por haber sido informada e inspirada desde el principio por estados mentales anómalos o resultantes de un vuelco). Este cambio apunta a nuevas ontologías y epistemologías en el horizonte del pensamiento. Asimismo, sugiere un nuevo fundamento filosófico, realmente cósmico, necesario para la definición de nuevas formas éticas y políticas en el futuro. Obviamente, no es un proyecto menor. Tampoco es humilde ni cauteloso. Lo que presento aquí es un manifiesto. Breve, irreverente, contundente, franco.

¿Y por qué no? ¿De veras disponemos de tanto tiempo para cortesías autocensoras y para interminables reservas que con frecuencia no se deben más que a ofuscaciones? Creo que no. *El vuelco* es una intervención en nuestro tenso presente político; tenso porque parece que hayamos perdido todo el sentido cósmico de lo humano y nos hayamos reducido a este o a aquel minúsculo ego religioso, nacionalista, secular, étnico o genético. Estamos reduciéndonos hasta caer en el olvido. Lo hemos interpretado todo al revés. Hemos olvidado o no hemos descubierto todavía nuestra monumental y secreta grandeza. Por eso sufrimos.

Deja de sufrir. Permite que tu «yo» presente no sobreviva a este librito. Permite que se produzca en ti el vuelco, ya sea de forma traumática o serena.





Memoria mundi

«... uno de los libros más provocadores del año y, a mi juicio, un ensayo alucinante.»

Michael Pollan

El tema central de este libro tan diverso es la relación cada vez más controvertida entre la naturaleza de la mente y la materia. Meticulosas observaciones tanto científicas como médicas, que van desde la física cuántica hasta las experiencias cercanas a la muerte o los fenómenos paranormales, plantean nuevas cuestiones filosóficas en todos los ámbitos de la cultura y la ciencia. Al margen de la grave indiferencia que sufren las humanidades en la actualidad –de la que se queja Jeffrey J. Kripal–, todas estas observaciones y experiencias extraordinarias de intelectuales, médicos y científicos sugieren con rotundidad que el tradicional marco materialista de la ciencia se está quedando obsoleto y que, debido a ello, necesita dar un vuelco: pasar de la visión externa de las cosas a una visión interna, es decir, del «objeto» al «sujeto». Pero esto no significa de ninguna manera que la ciencia sea un camino equivocado, sino que cada vez nos hacemos más conscientes de sus limitaciones epistemológicas. Pues no sólo la mente depende de la materia, sino que cualquier forma de vida material depende en última instancia de su particular modo de experimentar la mente universal. Moviéndose en el terreno de la imaginación intelectual, Kripal pretende suscitar en el lector ese mismo vuelco.

Jeffrey John Kripal es profesor de filosofía y religiones en la Universidad de Rice en Houston. De su obra cabe destacar: *Kali's Child* (1995), *Roads of Excess, Palaces of Wisdom: Eroticism and Reflexivity in the Study of Mysticism* (2001), *The Serpent's Gift: Gnostic Reflections on the Study of Religion* (2006), *Authors of the Impossible: The Paranormal and the Sacred* (2010) y *Super Natural: A New Vision of the Unexplained* (2016).

